

Los mayores en la Iglesia y en el mundo actual

J. R. FLECHA ANDRÉS
Facultad de Teología
Universidad Pontificia de Salamanca

Silenciados durante mucho tiempo, los ancianos encuentran cada vez un puesto más importante y significativo en el campo de la reflexión universitaria. En algunas ocasiones se analiza su situación en la sociedad. En otras ocasiones el planteamiento es más bien filosófico o teológico. Las breves reflexiones que a continuación se ofrecen se sitúan precisamente entre esas dos perspectivas, para tratar de extraer unas conclusiones de tipo ético, que constituyen el ámbito prioritario de nuestros intereses ¹.

En estudios sociológicos recientes se ha podido afirmar que en el seno de nuestras sociedades aumenta el número de los ancianos, así como la expectativa de vida en un futuro próximo, mientras que paradójicamente, aumenta también el asombro, el susto y el desconcierto ante la ancianidad y ante las personas ancianas concretas. «La gente no se resigna a envejecer —se ha podido escribir— y experimenta con angustia la idea de vivir en una sociedad en la que cada vez abunden más personas de avanzada edad» ².

1 Véase, a modo de ejemplo, desde el punto de vista social: Informe Gaut (1975), *La situación del anciano en España*, Madrid: Confederación Española de Cajas de Ahorro; Asamblea Mundial de las N. U. sobre el Envejecimiento, Convención de Viena (26-7/6-8-1982), Madrid: Servicio de Publicaciones INSERSO; Casado, D. (1984), *Pistas bibliográficas para el Estudio de la Pobreza en España*, separata de *Revista de Documentación Social*, 56/57. Desde el punto de vista teológico, véase el reciente estudio de Gilbert, M. (1993), 'Le grand âge, vu par la Bible', *La Vie Spirituelle* 73/706, 477-493, con la bibliografía citada. Todo el número monográfico es interesante.

2 De Miguel, A. (1992), *La sociedad española 1992-93*, Madrid, 103; recuérdese el estudio patrocinado por la ONU en 1987 sobre las consecuencias económicas y sociales del envejecimiento de la población (1989), 'L'invecchiamento della popolazione nel mondo',

El aumento de los ancianos se debe, como es bien sabido, a un fenómeno típico de las sociedades desarrolladas, que consiste en lograr, por una parte, una disminución de la tasa de mortalidad y un consiguiente prolongamiento de la edad adulta, y, por otra, en restringir, casi siempre en la generación subsiguiente, la tasa de la natalidad³.

El otro fenómeno, el del aumento del susto y el desconcierto ante la ancianidad, que se puede constatar en nuestra sociedad occidental, se debe sin duda a múltiples circunstancias sociales y culturales, muchas veces estudiadas. Nos limitamos aquí a señalar someramente algunos de esos factores, sobradamente conocidos por otra parte.

1. LOS ANCIANOS EN UN MUNDO CAMBIANTE

Entre los factores que determinan la nueva situación en la que se vive la ancianidad cabe citar, en primer lugar, el trasvase de las nuevas generaciones de un entorno rural a una situación productiva y habitacional de tipo urbano, con el consiguiente cambio de *status*, de roles y de valores. El alejamiento de los jóvenes respecto a sus mayores, por razones de estudios, de trabajo o simplemente por el deseo de vivir una situación diferente, no se limita solamente a ser una situación local y a bien corto plazo termina por convertirse también en una alejamiento fáctico de tipo social, cultural, religioso y axiológico.

El problema se agrava cuando los ancianos se han visto obligados a abandonar su tradicional vivienda familiar y se sienten de pronto situados en un hogar que, además de resultar excesivamente angosto en relación con su hábitat anterior, resulta desconocido e insignificante. Trasvasados a un entorno en que el paisaje está para ellos privado de evocaciones y connotaciones y donde los conciudadanos no ofrecen señales de querer aceptar una buena relación de vecindad y camaradería, los ancianos se sienten extraños y advenedizos.

Por otro lado, el encuadre de las nuevas generaciones en situaciones laborales diferentes lleva consigo la conciencia del desfase educativo intergeneracional. Los padres y los abuelos ya no son quienes transmiten los conocimientos indispensables para la realización eficaz de los proyectos laborales y profesionales. Es más, con frecuencia, la formación profesional de los jóvenes se sitúa en un más alto nivel y es más actualizada e innovadora, con lo que se hace más «rentable» para las estructuras de producción. Y lo que ocurre con los

Famiglia Oggi, 37, 45-66; cf. Dooghe, G. (1993), 'Anziani. Chi si occuperà di loro?', *Famiglia Oggi*, Documentazione, 16, 11.

³ Cf. Boileau, A. M. (1986), 'Vejez', en Demarchi, F. - Ellena, A. (eds.), *Diccionario de Sociología*, Madrid: Ediciones Paulinas, 1776.

establecimientos y los programas de producción ocurre, de forma paralela, con los paradigmas de liderazgo social y de protagonismo político en el seno de la pequeña comunidad de pertenencia o en el ámbito supralocal.

En la cultura rural, el anciano es siempre «alguien», a quien se escucha y a quien se pide consejo. En el mundo industrial, el anciano tiende a ser conservador en la planificación del trabajo y rutinario en su ejecución. El «desarrollo de la tecnología productiva crea nuevas posiciones profesionales tanto más rápidamente cuanto más veloz es el proceso tecnológico; los obreros de mayor edad siguen ocupando los puestos más tradicionales, algunos de los cuales quedan en seguida anticuados y en general, son menos valorados socialmente y menos remunerados económicamente, mientras que los más jóvenes tienden a asumir el rol de pioneros en el campo económico y profesional, rol que es más ventajoso económica y psicológicamente»⁴.

Esta referencia al campo laboral nos introduce de la mano en una observación sobre el fenómeno de la jubilación, con frecuencia adelantada en el tiempo. Tal fenómeno social, que en cierto modo constituye una anticipación socialmente institucionalizada de la muerte, no resulta solamente problemática por el encuentro de un tiempo libre, con frecuencia desestructurado, sino también por la disminución consiguiente de los ingresos en unos momentos en los que la dependencia va a ser cada vez mayor, y, sobre todo, por la disminución del poder decisorio de la persona sobre la marcha de la sociedad y la relativa alteración de su *status* social. La vejez se ha convertido con frecuencia en el espacio privilegiado en el que se ha asentado la pobreza⁵.

Ocurre, además, que la ancianidad ha ocupado durante milenios el centro de una serie de rituales familiares que parecían imprescindibles. Por un lado, los ancianos eran el sujeto y la excusa para el encuentro de la familia extensa que se reunía en torno a ellos para determinadas celebraciones recurrentes. Por otro lado, ejercían una función de armonización ante las diferencias que lentamente surgían entre los hijos. Y, adentrándose todavía en otra generación, los abuelos transmitían una cultura tradicional a sus descendientes al tiempo que aliviaban las tensiones engendradas por la educación paterna, ofreciendo a los nietos un modelo amable de existencia comprensiva y tolerante. La urbanización de la sociedad, el mismo alejamiento físico de los miembros de las diversas generaciones y la abundancia y competencia de los nuevos educadores que ofrecen modelos de vida a los niños, todo ello ha hecho cada vez más difícil aquella función ritual de los ancianos.

4 Cf. Boileau, A. M., *ibid.*, 1776-78.

5 Cf. Merchan Maroto, E. (1989), 'Vejez y pobreza', en Zabarte, M. A. (ed.), *La pobreza en la España de los 80*, VI Jornadas de Estudio del Comité Español para el Bienestar Social, Madrid, 67-77.

No se puede ocultar que un desfase semejante y aún más doloroso ha tenido lugar en el ámbito de la transmisión de las vivencias religiosas. Por lo que se refiere a nuestro ámbito religioso, el anciano se siente privado con frecuencia de tradiciones típicas de la piedad popular que han constituido durante años su referencia obligada a la trascendencia. Por otra parte, el repensamiento de la fe y de la experiencia religiosa, debidos a los progresos de la exégesis bíblica, a las exigencias del ecumenismo o a nuevas reflexiones teológico-morales, que han llegado al pueblo de Dios a través de las revistas o de la pastoral inmediata, ha producido un notable desfase entre el papel educador de los abuelos y la cultura que por otro lado reciben, celebran y viven sus nietos.

Estos son solamente algunos ejemplos que tratan de ilustrar la situación de desasosiego y de soledad, tanto local como social y aun religiosa, que viven hoy los ancianos.

De paso, podrían también ilustrar la situación de miedo y prevención que acompaña a las generaciones jóvenes y adultas cuando se imaginan a sí mismas viviendo su propia ancianidad en un mundo que, seguramente, acentuará muchos de los rasgos que configuran el rostro huraño e insolidario de la sociedad contemporánea.

La observación de la realidad podría continuar articulándose todavía en otros capítulos altamente interesantes, como los referidos a las relaciones interpersonales, a la vivencia de la sexualidad-afectividad, la eventual instrumentalización de los ancianos con finalidades inmediatistas y pragmáticas, y tantos otros. Esta consideración trata solamente de situar una reflexión sobre los desafíos éticos que se plantean hoy a la ancianidad y que ella, a su vez, plantea a toda la sociedad.

2. UN DESAFÍO ÉTICO A LOS ANCIANOS

No hace falta comenzar aclarando que el término masculino «anciano», si siempre ha de ser inclusivo, nunca, y menos aquí, debería ser entendido como exclusivo. En efecto, la dramaticidad de la existencia del anciano en el mundo contemporáneo no debe hacernos olvidar los problemas específicos que se refieren a las ancianas. Si en términos cuantitativos son más abundantes, a la hora de intentar una valoración cualitativa, su suerte no es mucho más halagüeña. Para comenzar, habrá que tener en cuenta que muchas de ellas son viudas y permanecen viudas durante más tiempo. Tanto su soledad como su dependencia respecto de los hijos suelen verse aumentadas por su condición.

Es cierto que, hasta hace muy pocos años, los problemas socio-psicológicos inherentes al retiro y la jubilación parecían afectarlas en menor grado, dada su dedicación tradicional a unos trabajos que no

admitían reposo ni eran realizados por cuenta ajena. Y aunque así fuera, la mujer que se retiraba de un trabajo asalariado encontraba relativamente fácil el retorno a unas ocupaciones que nunca había abandonado totalmente. Como han llegado ya hace años en otros países más desarrollados, están llegando también entre nosotros los tiempos en que la mujer profesional y altamente cualificada se encuentra igualmente con una jubilación que le ofrece un tiempo libre con el que nunca había contado desde su juventud. Como se sabe, los problemas relativos a tal situación no difieren demasiado de los planteados a los varones.

Dicho esto, sería preciso esbozar, siquiera sea brevemente, los trazos de una reflexión sobre las exigencias éticas que su misma situación deposita sobre los hombros, más o menos cansados y encorvados, de los ancianos y ancianas de nuestro tiempo y de nuestro entorno.

2.1. En primer lugar, *con relación a sí mismos*. La ancianidad es un momento privilegiado para examinar los valores y convicciones que han regido toda una vida. Los sociólogos han estudiado los parámetros de compromiso y/o descompromiso que rigen la etapa del envejecimiento.

«Uno de los argumentos centrales de las teorías del envejecimiento ha sido durante mucho tiempo el del compromiso: la mayoría de las personas sufren por la pérdida de roles y por la limitación de ambiente social que les impone la sociedad a medida que avanza la edad cronológica; el mejor modo de evitar esta situación negativa consiste en mantener en lo posible las actividades propias y las relaciones sociales, y en encontrar sustitutos adecuados cuando ello no sea posible»⁶.

De acuerdo con esta teoría, nuestros ancianos deberían reconsiderar los ideales que han motivado su existencia para tratar de llevarlos a la realidad en las condiciones nuevas que a su edad se les presentan. Aun contando con sus limitaciones físicas y psicomotrices, deberían preocuparse por mantener el interés por su formación continua, por su perfeccionamiento humano y espiritual, por la flexibilidad de sus criterios y por una saludable apertura a la novedad de los tiempos.

Si cada ser humano vive a su modo su itinerancia entre los tiempos, los ancianos no deberían refugiarse tan sólo en el pasado, por miedo a un futuro pretendidamente amenazador y a un presente que cada vez les parece menos «suyo» o ante el que sus capacidades de percepción e interpretación se ven día a día disminuidas.

6 Boileau, A. M., *ibid.*, 1777.

Si esto vale para todos los órdenes de la vida, es especialmente importante en el plano religioso-moral. La fe en el Dios que se revela como «clemente y misericordioso», Padre de Jesús y Padre nuestro, «ayudará al anciano a no replegarse en preguntas sobre el pasado, que pertenece ya a la misericordiosa comprensión de Dios. Es inútil querer justificarse a toda costa o recriminarse continuamente por los comportamientos adoptados. Mejor es tomar conciencia con serena humildad de que cada uno de nosotros se resiente de sus límites y de la mentalidad del tiempo en que se desarrolla la propia existencia, y comete pecados. Hay que considerar más bien el comportamiento presente, pues este momento de la existencia nos pertenece todavía y hemos de valorarlo en orden a una respuesta más oblativa a Dios y a quienes están a nuestro lado»⁷.

Pero, como se sabe, desde hace algunos años se ha desarrollado la teoría opuesta del descompromiso. Según ella, la vejez implicaría precisamente la pérdida de roles, la contracción de las relaciones sociales, la disminución de la adhesión personal a las normas y a los valores comúnmente admitidos. Si así fuera, el anciano tendería —habría de tender— a un aislamiento progresivo y al encuentro con un cierto ideal anárquico que, de hecho, constatamos en la socarronería resabiada de algunos de ellos.

Como en tantas otras ocasiones, la verdad estará seguramente en la síntesis. A medio camino entre el compromiso nervioso y petulante y el descompromiso cínico y ratraído, el anciano ha de vivir su autoconciencia y su responsabilidad moral. Y ha de vivirla con la sabiduría de quien sabe relativizar lo que siempre fue relativo y, por eso mismo, descubre la grandeza de los valores morales realmente humanizadores, al tiempo que mira con un cierto distanciamiento los compromisos materiales inmediatos y la frivolidad de una existencia poblada por máscaras.

2.2. En segundo lugar, *con relación a las cosas*. Las cosas materiales y las estructuras sociales. Ante ambas vive el ser humano con frecuencia una dialéctica difícil. O bien siente el «ansia» que lo lanza insaciable hacia las cosas, o bien consiente que las cosas lo «acosen» impertinentes y seductoras.

La ancianidad puede ser un momento adecuado para la libertad del corazón. La aceptación de una dieta de comidas, la asunción de unas reglas de austeridad y de renuncia han de ser como el signo elocuente de una libertad que se manifiesta también en la generosidad de quien ha superado las apetencias del consumismo y hasta la más leve sombra de la avaricia.

Las cosas, evidentemente, no son sólo comestibles, bebibles o atesorables. Ante ellas es preciso ejercer las dormidas y tenues capaci-

⁷ Davanzo, G. (1983), 'Anciano', en De Fiores, S. - Goffi, T. (eds.), *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Madrid: Ediciones Paulinas, 60.

dades para la contemplación. Ellas han estado siempre ahí, como mudas maravillas que esperaban nuestra atención con frecuencia distraída. Así podría verlas cualquier persona. Ellas han estado siempre ahí, como discretas huellas de la belleza, la omnipotencia y el amor del Creador, intentando suscitar nuestra agradecida bendición. Así habría de verlas un creyente. Y así nos lo dice el *Catecismo de la Iglesia Católica*:

«La belleza del universo: el orden y la armonía del mundo creado derivan de la diversidad de los seres y de las relaciones que entre ellos existen. El hombre las descubre progresivamente como leyes de la naturaleza que causan la admiración de los sabios. La belleza de la creación refleja la infinita belleza del Creador. Debe inspirar el respeto y la sumisión de la inteligencia del hombre y de su voluntad»⁸.

Ya no sería poco si los ancianos, creyentes o no, dedicaran su tiempo, finalmente suyo, a redescubrir lo que siempre ha estado delante de unos ojos que, de no estar distraídos, deberían estar siempre maravillados.

Pero las cosas no son sólo las realidades encontrables en el mundo natural. También son cosas las estructuras sociales que los seres humanos urdimos desde nuestra inabdicable socialidad.

Algunas de ellas imponen un retiro a los ancianos. Pero en muchas otras tiene aún cabida su creatividad, la voz de su consejo o de su crítica, el ejemplo de su dedicación voluntaria, pausada pero generosa, utópica y realista a la vez.

2.3. Ahí se entreteje, en tercer lugar, *la relación con los otros*. Unos otros que son, antes que nadie, los menos extraños, es decir los propios parientes, sus hijos y sus nietos. O esos otros hijos, fruto de una fecundidad impensable que, con más frecuencia de la sospechada, sobreviven a los ancianos célibes o a los que no han podido engendrar las vidas que tal vez habían soñado.

También ahí, o sobre todo ahí, es posible escuchar un desafío moral para los ancianos. En la exhortación *Familiaris consortio* recordaba Juan Pablo II algunos aspectos de esta responsabilidad y esta vocación:

«Hay culturas que manifiestan una singular veneración y un gran amor por el anciano; lejos de ser apartado de la familia o de ser soportado como un peso inútil, el anciano permanece inserto en la vida familiar, sigue tomando parte activa y responsable —aún debiendo respetar la autonomía de la nueva fami-

8 *Catecismo de la Iglesia Católica*, 341.

lia— y sobre todo desarrolla la preciosa misión de testigo del pasado e inspirador de sabiduría para los jóvenes y para el futuro»⁹.

En la familia han de desempeñar los ancianos el papel de testigos de la tradición, han de poder suavizar las tensiones, reclamar a todos a la profundidad de los valores fundamentales, someter a discernimiento toda tentación de frivolidad, de narcisismo y de insolidaridad. Ahí se realiza el magisterio de su sabiduría experiencial y el servicio de su callada enseñanza testimonial, cada vez que los miembros de la familia no tienen tiempo para escuchar —posiblemente una vez más— sus observaciones, calificadas como impertinentes¹⁰.

Ahí están llamados a ser esa presencia bienhechora y eficaz que sólo se percibe y añora cuando falta.

Una presencia que está llamada a trascender los círculos familiares para ofrecerse en tesoro de experiencia, en consejo o en voluntariado a otras personas necesitadas o marginadas, solas o recogidas por alguna institución benéfica. Se podría recordar aquí cómo el profesor P. Laín Entralgo, adivinada la llegada de su senescencia, como él mismo escribe, nos hace entrega de su profunda reflexión sobre su experiencia biográfica de la corporeidad:

«Desde la altura de mi edad, tan sólo añadiré que el gozo de descubrir una chispa de verdad o una brizna de bien donde quiera que estuviesen —en el mundo y en mí mismo, en los hombres creyentes y en los increyentes, en los blancos y en los negros— sin cesar ha ido aumentando a lo largo de mi biografía»¹¹.

Para los cristianos, el ámbito familiar se amplía en la vida de la comunidad de la fe. Es una limitación el considerar al anciano simplemente como receptor de las atenciones o de la beneficencia de esa comunidad de creyentes. «En la pastoral de los ancianos, sean ellos sujetos activos y brinden animosamente sus propias sugerencias. Teniendo presente que la edad de la jubilación llega cuando una persona es aún capaz de muchas disponibilidades, la comunidad eclesial ha de valorar de maneras diversas a tales personas en beneficio de las múltiples exigencias sociales y eclesiales. Quien ha vivido el dinamismo de la espiritualidad cristiana sin cerrarse en sus propias costumbres, encontrará en sí la energía y la ductilidad requeridas para hacerse útil, aunque sea en actividades diversas de las ejercidas con

9 Juan Pablo II, *Familiaris consortio* (22-11-1981), 27.

10 Véase el interesante número monográfico que al tema de 'los nuevos abuelos' dedica la revista *Famiglia oggi*, 55/55 (enero-febrero 1992) 6-57.

11 Laín Entralgo, P. (1991), *Cuerpo y alma*, Madrid: Espasa-Calpe, 351.

precedencia. Es el clima de fraternidad el que debe estimular esta coparticipación efectiva»¹².

2.4. *La relación con el absolutamente Otro* viene ya sugerida por las consideraciones precedentes. Ancianos hay, en nuestro ambiente, que han vivido una gran parte de su vida en un agnosticismo o en un ateísmo práctico. No se trata aquí de imponerles como deber moral, no percibido previamente, la búsqueda de Dios y la práctica de una celebración religiosa. Seguramente, la misma maduración de sus convicciones y de sus opciones fundamentales los habrá llevado a una seriedad y coherencia que no está lejos de la más auténtica experiencia religiosa.

Por otra parte, los que se han profesado creyentes durante toda su vida, encontrarán sin duda en esta etapa de su vida no sólo el tiempo para la expresión de su vivencia religiosa, sino la libertad de quien se confía en el Dios de la misericordia, sin buscar ya otras prebendas y mercedes marginales y accesorias.

Para los ancianos cristianos, esa expresión de su fe y su religiosidad adquirirá, en muchas ocasiones, el carácter pascual de la oblación del grano de trigo, que parece morir en la oscuridad del surco para suscitar una nueva vida y una nueva cosecha que él mismo ya no verá (Jn 12, 24).

3. DESAFÍO ÉTICO DE LA ANCIANIDAD

Un mundo que dice haber hecho de la solidaridad su bandera y el resumen de sus continuas apelaciones a los derechos humanos, no puede en justicia desentenderse de la situación en que la moderna sociedad tecnificada ha reducido con frecuencia a los ancianos. Una situación que, por cierto, ya evocaba la citada exhortación *Familiaris consortio* al afirmar:

«Otras culturas, en cambio, especialmente como consecuencia de un desordenado desarrollo industrial y urbanístico, han llevado y siguen llevando a los ancianos a formas inaceptables de marginación, que son fuente a la vez de agudos sufrimientos para ellos mismos y de empobrecimiento espiritual para tantas familias»¹³.

El deber moral de atención a los ancianos no puede, en consecuencia, reducirse a los límites de la beneficencia pública o privada, sino que ha de entrar de lleno en los esquemas y los planes de una

¹² Davanzo, G., *ibid.*, 61-62.

¹³ Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, 27.

concepción global de la justicia. Es cierto que, al menos en teoría, nuestras sociedades de derecho están dispuestas a admitir los derechos humanos, con especial referencia a las minorías, los marginados, los desposeídos. Ocurre, sin embargo, en la práctica, que determinadas situaciones de desamparo resultan más difícilmente perceptibles por los ojos de la sociedad en general.

3.1. Se impone, por tanto, un primer deber moral, que sería precisamente el de *la percepción de la situación* de los ancianos. Lo primero es aprender a ver. Y a escuchar, si es que pretendemos ser más precisos. Y esa es una de nuestras mayores dificultades en presencia de los ancianos, tanto si los vemos en su individualidad como si los consideramos en cuanto grupo social. En ambos casos, una de sus características más excluyentes es precisamente su dificultad para hacerse escuchar, tanto por las personas con las que conviven como por las instituciones que regulan o las que reflejan la vida de la sociedad.

Y, sin embargo, su voz y su voto son descaradamente solicitados tanto por los agentes políticos como por los agentes comerciales.

El deber moral de la escucha y percepción de las necesidades y demandas de los ancianos comienza obviamente por la atención a sus carencias elementales, como puede ser la frustración generada por el descenso brusco de su capacidad económica y, por tanto, de su independencia social. Tal es el caso de los ancianos que, habiendo desempeñado un trabajo, tanto autónomo como remunerado por cuenta ajena, ven de pronto disminuidos sus ingresos en un momento en que les van a ser especialmente necesarios.

Puede pensarse igualmente en los problemas vinculados a la vivienda, ya esté situada en el casco antiguo de las ciudades, que sólo lentamente es remodelado y, cuando finalmente lo es, vuelve a convertirse en zona exclusiva y vetada para sus ingresos, ya se piense en la vivienda rural, con frecuencia marginada por las instituciones de gobierno y abandonada aun por los mismos descendientes, que la mantienen tan sólo como lugar de retorno vacacional.

Más importante aún es acertar a descubrir la situación de soledad, tanto física como espiritual y afectiva en la que viven los ancianos. Se diría que la sociedad, que todo se lo debe, los olvida con excesiva frecuencia, tanto al programar la construcción de la ciudad humana como al diseñar y articular sus instituciones culturales o recreativas.

Por lo que se refiere a la Iglesia católica, frente a este deber de la escucha y la concienciación se sitúa otro de los párrafos que les dedica la ya citada exhortación *Familiaris consortio*:

«Es necesario que la acción pastoral de la Iglesia estimule a todos a descubrir y a valorar los cometidos de los ancianos en la comunidad civil y eclesial, y en particular en la familia. En reali-

dad, la vida de los ancianos ayuda a clarificar la escala de valores humanos; hace ver la continuidad de las generaciones y demuestra maravillosamente la interdependencia del Pueblo de Dios. Los ancianos tienen además el carisma de romper las barreras entre las generaciones antes que se consoliden...»¹⁴.

3.2. Es preciso también actualizar todo un *proceso de empatía cordial*. No todo tipo de atención y de escucha es por sí mismo humano y humanizador. También los estudiosos y reporteros del comportamiento humano, así como los turistas, se detienen a considerarlo y aun a registrarlo, motivados ya sea por su interés científico, por las exigencias de su profesión o bien por simple curiosidad.

No basta la atención. Es preciso que sea cordial y afectuosa. Es cierto que no basta la compasión misericordiosa si no viene acompañada por la justicia. Pero la misma organización, exquisita y aséptica, de las sociedades más desarrolladas ha venido a descubrirnos que la organización de las instituciones, por ejemplo asistenciales, con ser un paso importante e imprescindible, no colma el ideal de una cercanía humana y humanizadora. Así lo ha expresado el mismo papa Juan Pablo II:

«La experiencia del pasado y la de nuestros tiempos demuestran que la justicia por sí sola no es suficiente y que, más aún, puede conducir a la negación y al aniquilamiento de sí misma, si no se le permite a esa forma más profunda que es el amor plasmar la vida humana en sus diversas dimensiones. Ha sido, ni más ni menos, la experiencia histórica la que entre otras cosas ha llevado a formular esta aserción: *summum ius, summa iniuria*. Tal afirmación no disminuye el valor de la justicia ni atenua el significado del orden instaurado sobre ella; indica sólo, en otro aspecto, la necesidad de recurrir a las fuerzas del espíritu, más profundas aún, que condicionan el orden mismo de la justicia»¹⁵.

No se entienda la referencia al amor como una fácil invitación a una evasión sentimental. No deja de llamar la atención que entre las propuestas del Club de Roma para la defensa ecológica de la naturaleza y del medio ambiente se apele abiertamente a esa actitud¹⁶, que, por tan humana, es el único camino para la humanización, al tiempo que, para los creyentes en el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, constituye el mandamiento único y fundamental.

14 Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, 27. El texto recoge un discurso del mismo papa pronunciado en el International Forum on Active Aging (5-9-1980), 5.

15 Juan Pablo II, *Dives in misericordia* (30-11-1980), 12 (74).

16 Meadows, D. H. - Meadows, D. L. - Randers, J. (1992), *Más allá de los límites del crecimiento*, Madrid: El País-Aguilar, 274-278.

Evidentemente, tal actitud de atención cordial y afectuosa difícilmente puede entrar en el marco de los ordenamientos legales o penales. Es precisamente por eso por lo que ha de ser evocada con toda pertenencia y postulada con decisión en el marco del discurso moral. No es extraño que hasta las reflexiones éticas más abiertamente seculares hayan comenzado a plantearse la cuestión por las virtudes, comenzando con frecuencia por la virtud de la solidaridad ¹⁷.

3.3. Y, sin embargo, todavía no basta con propugnar el valor moral de una atención afectuosa si ésta no llega a plantearse la posibilidad y las estrategias de su propia eficacia.

Esta responsabilidad moral del compromiso activo en favor de los ancianos es recordada en primer lugar a los hijos, en el texto del nuevo *Catecismo de la Iglesia Católica*:

«El cuarto mandamiento recuerda a los hijos mayores de edad sus responsabilidades para con los padres. En la medida en que ellos pueden, deben prestarles ayuda material y moral en los años de vejez y durante sus enfermedades, y en momentos de soledad o de abatimiento. Jesús recuerda este deber de gratitud (cf. Mc 7, 10-12)» ¹⁸.

El texto del *Catecismo* añade a continuación unas citas tomadas del libro bíblico del Eclesiástico en las que se invita a los hijos a honrar a los padres, a cuidarlos en su vejez y ahorrarles la burla, el abandono y todo motivo de irritación (Si 3, 2-6, 12-13. 16).

Pero el mismo *Catecismo* añade una clausula condicional especialmente importante para nuestra situación social: «En la medida en que ellos (los hijos) pueden». En una sociedad altamente socializada, en efecto, la responsabilidad de una atención eficaz a los ancianos —como por otra parte a los hijos, especialmente discapacitados, y a otros miembros enfermos de la familia— difícilmente podrá llevarse a cabo sin la ayuda de instituciones públicas y/o privadas.

Por lo que se refiere a las primeras, es oportuno recordar aquí un paso importante de la encíclica *Centesimus annus*, con la que se

17 Tal es el caso de Camps, V. (1990), *Virtudes públicas*, Madrid: Espasa-Calpe. Es interesante una especie de esbozo de carta de los derechos del anciano elaborado por un seminario sobre los ancianos no autosuficientes, organizado por la «Fundación E. Zancan» (1988), *Famiglia Oggi* 33, 94-96.

18 *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2218. Cf. Tettamanzi, D. (1993), 'Il quarto comandamento', en Fisichela, R. (ed.), *Catechismo della Chiesa Cattolica*, Casale Monferrato: Piemme, 1041: «I doveri dei figli, fondati sulla paternità divina che chiede di essere 'onorata' nella paternità umana, sono presentati dal catechismo secondo diverse forme categoriali, comunque profondamente radicate e vivificate da atteggiamenti interiori (si potrebbe parlare di intenzionalità fondamentale): esso parla di rispetto (pietà filiale) che è fatto di riconoscenza (n. 2215), che si manifesta anche attraverso la vera docilità e la vera obbedienza (n. 2216), e che comporta —quando i figli sono divenuti adulti— delle responsabilità verso i genitori (n. 2218)».

conmemoran los cien años primeros de la moderna Doctrina Social de la Iglesia:

«Es urgente promover iniciativas políticas no sólo en favor de la familia, sino también políticas sociales que tengan como objeto principal a la familia misma, ayudándola mediante la asignación de recursos adecuados e instrumentos eficaces de ayuda, bien sea para la educación de los hijos, bien sea para la atención de los ancianos, evitando su alejamiento del núcleo familiar y consolidando las relaciones entre las generaciones»¹⁹.

Evidentemente, podrán discutirse los diversos modelos de atención y acogida que se balancean entre la integración de los ancianos en el seno de la familia y la segregación residencial, pasando por fórmulas mixtas que incluyen períodos alternados y asistencia social a domicilio. Habrá que tener en cuenta las posibilidades del medio, la situación de la familia extensa, si es que subsiste, las relaciones interpersonales que mantiene la persona anciana y tantas otras.

«En todo caso, no se puede olvidar el hecho de que diversas condiciones económicas y sociales, diversos sistemas de valores predominantes en las personas ancianas, diversas condiciones físicas y psicológicas, diversos niveles de edad biocronológica, diversos hábitos y estilos de vida, pueden llevar a preferir soluciones alternativas; si bien el recurso a la institución para ancianos resulta inevitable o es la decisión más aceptada por el mismo individuo, el modelo de la institución debería estar en condiciones de procurar una combinación ideal de contactos sociales y de aislamiento parcial, de intervenciones de apoyo y estímulo social, de respeto a la individualidad y de protección a la independencia personal»²⁰.

Se ha aludido también a las instituciones privadas. Una organización estatal excesivamente centralizada y absorbente siente siempre la tentación —y con frecuencia la consiente— de monopolizar el campo de los servicios sociales.

Reivindicar un espacio para las instituciones privadas en el amplio marco de la función asistencial no debe significar tan sólo la demanda de un privilegio socio-económico ni, por otra parte, la defensa de un procedimiento más eficaz y más barato para los presupuestos de la Administración pública. Sin excluir las razones de tales posturas, la reivindicación de un espacio para las instituciones privadas —siempre controlables por la Administración, evidentemente—

19 Juan Pablo II, *Centesimus annus* (1-5-1991), 49, donde se remite a la exhortación *Familiaris consortio*, 45.

20 Boileau, A. M., *ibid.*, 1779-1780.

significa la profesión de una fe, todo lo laica que se quiere, en la misma dignidad y libertad de la persona: tanto la que recibe el servicio como la que lo presta. La primera tiene el derecho de elegir una institución que, en su opinión, responda a su concepción de la vida y de la persona humana y que pueda ofrecerle ese «plus» de humanidad y de afecto que no es exigible por los ordenamientos legales. La segunda, es decir, la persona o la institución que se apresta a un servicio integral a los ancianos tiene el derecho a reivindicar el reconocimiento de un carisma propio encaminado al servicio del bien común.

Aun reconociendo la finalidad supletoria de muchas instituciones privadas, la Administración haría bien en articular convenios con esas instituciones que, sometidas a observación, demostrasen una notoria especialización en este servicio social.

CONCLUSIÓN

Por lo que se refiere a la fe cristiana, es frecuente oír hermosas declaraciones sobre la necesidad de una explícita opción por los pobres, en seguimiento del mandato y el ejemplo del Señor. Ahora bien, la atención a los ancianos trasciende los límites de un desafío ético, ya muy importante e inolvidable en sí mismo, para convertirse en signo cuasi-sacramental de su acogida al mismo Señor Jesucristo (cf. Mt 25, 31). Porque precisamente ahí están hoy, con excesiva frecuencia los más pobres entre los pobres del Señor²¹. En ellos ha de ver toda la comunidad el icono de Dios y el rostro de Cristo²².

La atención de la Iglesia, sus instituciones y sus miembros a los ancianos es en sí misma un signo de la seriedad de la fe evangélica. Es también un testimonio de la esperanza en una vida que no se reduce a la eficacia del trabajo ni termina con la muerte. Y es, en fin, un testimonio de las exigencias de la caridad hacia los más débiles y los más necesitados de entre los hermanos.

Entendemos que la atención, afectuosa y eficaz, que la Iglesia pueda prestar a los ancianos será ya, en sí misma, una suerte de proclamación del Evangelio, es decir de la buena noticia de la salvación integral del hombre y de todo lo humano. Un evangelio de gratuidad en el servicio a la vida naciente y un evangelio de gratitud en el servicio a la vida ascendente.

21 Cf. Juan Pablo II, *Centesimus annus*, 57.

22 Cf. *Documento de Puebla*, 31-38: «La situación de extrema pobreza generalizada adquiere en la vida real rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los sagos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela: (...) rostros de ancianos, cada día más numerosos, frecuentemente marginados de la sociedad del progreso que prescinde de las personas que no producen».

SUMMARY

Within the framework of the International Year on the integration of the elderly, the author reflects on the ethical responsibilities with which the situation confronts both society and the Church. After analysing some significant aspects of the life of the elderly and their difficulties in the modern social structure, he insists on the ethical commitment of the elderly towards society and vice versa, with special reference to their position in the heart of the church community.